LIBRO dot.com

Miguelito

Lucio. V.

Mansilla

LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Miguelito

I

Miguelito había concebido por mí una de esas pasiones eléctricas que revelan la espontaneidad del alma; que son un refugio en las grandes tribulaciones, que consuelan y fortalecen; que no retroceden ante ningún sacrificio; que confunden al escéptico y al creyente lo llenan de inefable satisfacción.
Cruzamos el mar tempestuoso de la vida entre la angustia y el dolor, la alegría y el placer, entre la tristeza y el llanto, el contento y la risa; entre el desencanto y la duda, la creencia y la fe. Y cuando más fuertes nos conceptuamos, el desaliento nos domina, y cuando más débiles parecemos, inopinadas energías nos prestan el varonil aliento de los héroes.
Vivimos de sorpresa en sorpresa, de revelación en revelación, de victoria en victoria, de derrota en derrota.
Somos algo más que un dualismo; somos algo de complejo, de complicado o indescifrable.
Y sin embargo, es falso que los hombres sean mejores en la mala fortuna que en la buena, caídos que cuando están arriba, pobres que ricos.
El avaro, nadando en la opulencia, no se cree jamás con deberes para el desvalido.
El generoso no calcula si lo superfluo de que hoy día se desprende, será mañana para él una necesidad.
El cobarde es siempre fuerte con los débiles, débil con los fuertes.
El valiente, ni es opresor, ni se deja oprimir; puede doblarse, quebrarse jamás.
El débil busca quien le dé sombra, quien le gobierne y le dirija.
El fuerte, ampara y protege, se basta a sí mismo.
El virtuoso es modesto.
El vicioso es audaz.
Somos como Dios nos ha hecho.
Es por eso que la caridad nos prescribe el amor, la indulgencia, la generosidad.
Es por eso que la grandeza humana consiste en adherirse a lo imperfecto.
Tal hombre que yo amo, no merece mi estimación; tal otro que estimo, no es mi amigo.
La razón es la inflexible lógica.
El corazón, es la inexplicable versatilidad.
Los problemas psicológicos son insolubles.
¿De dónde brota para la planta la virtualidad de emisión?
¿De la hoja, de la celda, de los pétalos, de los estambres, de los ovarios?
Misterio...
Las fuerzas plásticas de la naturaleza son generadoras.
Quien dice biología, dice órganos productores.
Pero ¿cómo se operan los fenómenos de la vida?
Del corazón nacen los grandes afectos y los grandes odios; del corazón nacen los pensamientos sublimes y las sublimes aberraciones; del corazón nace lo que me estremece y me enternece, lo que me consuela y lo que me agita.
¿A impulsos de qué?
Lo que ayer embellecía mi vida, hoy me hastía; lo que ayer me daba la vida, hoy me mata; ayer creía no poder vivir sin lo que hoy me falta, y hoy descubro en mí gérmenes inesperados para resistir y sufrir.
Como la lámpara que se extingue, pero que no muere, así es nuestro corazón.

Nos quejamos de los demás, jamás de nosotros mismos.
¿Es que somos ingratos o severos?
¡No!
Es que no nos entendemos.
Si nos comprendiéramos no seríamos injustos, anhelando como anhelamos el bien.

There is a tide in the affairs of men, Which, taken at the flood, leads on to fortune.

Que hay una marea en los negocios humanos que, entrando en ella cuando sube, conduce a la fortuna.
Sea de esto lo que fuere, una cosa es innegable: que quien sabe sufrir y esperar, a todo puede atreverse. Y si esto se negase, no me negarán esto otro: que cuando el hombre tiene necesidad de un hombre lo busca, le halla.
Nuestra desesperación no es frecuentemente más que el efecto de nuestra impaciencia febril.
La solidaridad humana es un hecho tangible, en política, en economía social, en religión, en amistad.
La vida se consume cambiando servicios por servicios. La armonía depende de este convencimiento vulgar, que está en la conciencia de todos: hoy por ti, mañana por mí.
Es por eso que el tipo odioso por excelencia, es el de aquel que, violando la sabia ley de la reciprocidad, se mancha enteramente con el borrón de la ingratitud.
Dante coloca a estos desgraciados en el cuarto recinto del último infierno.
A los que entran allí - *Vexilla regis prodeunt inferni* - los estandartes de Satanás salen a recibirlos y la cohorte diabólica empedra con sus cráneos la glacial morada.
¡Cuántas veces sin buscar el hombre que necesitamos, no le hallamos en nuestro camino!
La aparición de Miguelito en el toldo de Mariano Rosas es una prueba de ello.
Yo estaba amenazado de un peligro y no lo sabía.
Miguelito me lo previno y me puse en guardia. Estar prevenido, es la mitad de la batalla ganada.
Miguelito tiene veinticuatro años. Es lampiño, blanco como el marfil, y el sol no ha tostado su tez; tiene ojos negros, vivos, brillantes como dos estrellas, cejas pobladas y arqueadas, largas pestañas, frente despejada, nariz afilada, labios gruesos bien delineados, pómulos salientes, cara redonda, negros y lacios cabellos largos, estatura regular, más bien baja, anchas espaldas y una musculatura vigorosa.
Sus cejas revelan orgullo, sus pómulos valor, su nariz perspicacia, sus labios dulzura, sus ojos impetuosidad, su frente resolución. Vestía bota de potro, calzoncillo cribado con fleco, chiripá de poncho inglés listado, camisa de Crimea mordoré, tirador con botones de plata, sombrero de paja ordinaria, guarnecida de una ancha cinta colorada; al cuello tenía atado un pañuelo de seda amarillo pintado de varios colores; llevaba un facón con un cabo de plata y unas boleadoras ceñidas a la cintura.
Ya he dicho que Miguelito es cristiano; me falta decir que no es cautivo ni refugiado político.
Miguelito está entre los indios huyendo de la justicia.
A los veinticuatro años ha pasado por grandes trabajos; tiene historia, que vale la pena de ser contada, y que contaré -antes de seguir describiendo las escenas báquicas con Epumer-, tal cual él me la contó, noches después de haberle conocido yendo en mi campaña de Leubucó a las tolderías del cacique Baigorrita.
Hablaré como él habló.
-Yo era pobre, señor, y mis padres también.
"Mi madre vivía de su conchabo; mi padre era gallero, yo corredor de carreras.
A veces mi padre y yo juntos, otras separadamente, nos conchabábamos de peones carreteros

o para acarrear ganados de San Luis a Mendoza.
"Los tres éramos nacidos y criados en el Morro, y allí vivíamos. Mi viejo era un gaucho lindo, nadie pialaba como él ni componía gallos mejor; era joven y guapetón. No he visto hombre más alentado. Sólo tenía el defecto de la chupa. Cuando tomaba le daba por celarla a mi madre, que era muy trabajadora, y muy buena, la pobre, que Dios la tenga en gloria.
"A más de eso, mi viejo era buen guitarrero, hombre bastante leído y escribido, pues sus primeros patrones, que fueron muy hacendados, lo enseñaron bien.
-¿Y cómo se llamaba tu padre?
-Lo mismo que yo, mi Coronel: Miguel Corro. Somos de unos Corro de la Punta de San Luis, que allí fueron gente de posibles en tiempo de Quiroga.
"Pero mi madre, mi padre y yo, como le he dicho, hemos nacido en el Morro, cerca del cerro, en un rancho que está en un terrenito que siempre pasó por nuestro, aunque yo no sé de quién será. Si conoce el Morro, mi Coronel, le diré dónde queda: queda hacia el ladito de abajo de la quinta de don Novillo, a quien cómo no ha de conocer, si es rico como usted.
"La casa estaba casi siempre sola, porque mi madre se iba por la mañana al pueblo y no volvía de su conchabo hasta después de la cena de sus patrones.
"Mi padre y yo no parábamos; él por sus gallos, yo por los caballos que tenía en compostura.
"Todos los días, tarde y mañana, tenía que caminarlos. Luego, el viejo y yo éramos alegres y no perdíamos bailecito. Me quería mucho y siempre me buscaba para que le acompañara; así es que yo era quien lo disculpaba y lo componía con mi madre lo que se peleaban.
"De ese modo lo pasábamos y, aunque éramos pobres, vivíamos contentos, porque jamás nos faltaban buenos reales con que comprar los vicios y ropa. Caballos, ¡para qué hablar! Siempre teníamos superiores.
"En la casa donde mi madre estaba acomodada, había una niña muy donosita, que yo veía siempre que iba por allí de paso, a hablar con la vieja.
"Como los dos éramos muchachos, lo que nos veíamos, nos reíamos. Yo al principio creí que era juguete de la niña; pero después vi que me quería y le empecé a hacerle el amor, hasta que mi madre lo supo, y me dijo que no volviera más por allí.
"Le obedecí, y me puse a visitar otra muchacha hija de un paisano amigo de mi familia, que tenía algunos animales y muchas prendas de plata, como que era hombre de unas manos tan baqueanas para el naipe, que de cualquiera parte le sacaba a uno la carta que él quería. Era peine como él solo. Nadie le ganaba al monte, ni al truco, ni a la primera.
"La hija de la patrona de mi madre se llamaba Dolores; la otra se llamaba Regina. Esta era buena muchacha, ¡pero de ande como aquélla!
"No me acuerdo bien cuánto tiempo pasaría; debió pasar así como medio año.
"Un día mi madre volvió a descubrir que yo seguía en coloquios con la Dolores, siempre que podía, y se me enojó mucho, y aunque ya era hombrecito me amenazó.
"Yo me reí de sus amenazas y seguí cortejando a la Dolores y a la Regina; porque las dos me gustaban y me querían.
"Ya usted sabe, mi Coronel, lo que es el hombre: cuantas ve, cuantas quiere, ¡y las mujeres necesitan tan poco!
Yo no me acuerdo ni de lo que hice ni de lo que contesté entonces. Pero probablemente aprobé el dicho de Miguelito y suspiré.
Miguelito prosiguió.
"Otro día mi padre y mi madre me dijeron que el padre de Regina les había dicho que si ellos querían nos casaríamos; que él me habilitaría. Que qué me parecía.
"Les contesté que no tenía ganas de casarme. Mi madre se puso furiosa, y el viejo, que nunca se enojaba conmigo, también. Mi madre me dijo que ella sabía por qué era; que me había de costar caro, por no escuchar sus consejos; que cómo me imaginaba que la Dolores podía ser

mi mujer; que al contrario, en cuanto la familia maliciara algo, me echaría de veterano; porque eran ricos y muy amigos del juez y del comandante militar.
"Yo no escuchaba consejos ni tenía miedo a nada y seguía mis amores con la Dolores, aunque sin conseguir que me diera el sí.
"Mi madre estaba triste, decía que alguna desgracia nos iba a suceder; ya la habían despedido de la casa de la Dolores y de todo me echaba la culpa a mí.
"De repente lo pusieron preso a mi padre, y lo largaron después; en seguida me pusieron preso a mí, nada más porque les dio la gana, lo mismo que a mi padre. Usted ya sabe, mi Coronel, lo que es ser pobre y andar mal con los que gobiernan.
"Pero me largaron también; y al largarme me dijo el teniente de la partida, que ya sabía que había andado maleando".
-¿Maleando cómo?- le pregunté.
-En juntas contra el Gobierno- me contestó.
"¿Y de ande, mi Coronel?
"Todito era purita mentira.
"Lo que había era que ya me estaban haciendo la cama.
"Ni mi padre ni yo nunca habíamos andado con los colorados, porque no teníamos más opinión que nuestro trabajo y nos gustaba ser libres, y cuando se ofrecía una guardia, por no tomar una carabina, más bien le pagábamos al comandante, que es como se ve uno libre del servicio; si no, es de balde.
"Una tarde, ya anochecía, estábamos en el fogón todos los de casa; sentimos un tropel, ladraron los perros y lueguito se oyó un ruido de sables.
-¿Qué será, qué no será? -decíamos.
"Mi madre se echó a llorar diciéndome:
-Tú tienes la culpa de lo que va a suceder.
"Usted sabe, mi Coronel, lo que son las mujeres, y sobre todo las madres, para adivinar una desgracia.
"Parece que todo lo viesen antes de suceder, como le pasó a mi vieja aquella noche. Porque al ratito de lo que le iba diciendo, ya llegó la partida y se apeó el que la mandaba, haciendo que mi padre se marchara con él sin darle tiempo ni a que alzara el poncho.
"Se lo llevaron en cuerpito.
"Pasamos con mi madre una noche triste, muy triste, mirándonos, yo callado y ella llorando sentada en una sillita al lado de su cama, porque no se acostó.
"Al día siguiente, en cuanto medio quiso aclarar, ensillé, monté y me fui derechito al pueblo a ver qué había.
"Lo acusaban a mi padre de un robo.
"Y decían que si no ponía personero, lo iban a mandar a la frontera.
"¿Y de ande había de sacar plata para pagar personero, ni quién había de querer ir?
"Me volví a mi casa bastante afligido con la noticia que le llevaba a mi madre. Pero pensando que si me admitían por mi padre podía librarlo.
"Le conté a mi madre lo que sucedía, y le dije lo que quería hacer.
"Se quedó callada.
"Le pregunté qué le parecía.
"Siguió callada.
"Se enojó mucho, me echó; me fui, volví tarde; los perros no ladraron, porque me conocieron; llegué sin que me sintieran hasta la puerta del rancho.
"La hallé hincada rezando, delante de un nicho que teníamos, que era Nuestra Señora del Rosario.
"Rezaba en voz muy baja; yo no podía oír sino el final de los Padres Nuestros y de las Aves

Marías.
"Contenía el resuello para no interrumpirla, cuando oí que dijo:
"Madre mía y Señora: ruega por él y por mi hijo."
"Suspiré fuerte.
"Mi madre dio vuelta: yo entré en el rancho y la abracé.
"No me dijo nada.
"Con mi padre no se podía hablar. Estaba incomunicado.
"Yo anduve unos cuantos días dando vueltas a ver si conseguía conversar con él, y al fin lo conseguí.
"Me contó lo que había.
"No era nada.
"Todo era por hacernos mal.
"Querían que saliéramos del pago.
"Empezaban con él, seguirían conmigo.
"A fuerza de plata, vendiendo cuanto teníamos, logramos que lo largaran.
"Para esto el juez dio en visitar a mi madre solicitándola, y yo me tuve que casar con Regina, porque su padre fue quien más dinero nos prestó para comprar la libertad del mío.
"Desde el día en que mi padre salió de la prisión -esa noche me casé yo-, ya no hubo paz en mi casa.
"El hombre se puso tristón, no lo pasaba sino en riñas con mi madre.
"Se le había puesto que la pobre había andado en tratos con el juez, por su libertad; creía que todavía andaba.
"¡Y qué había de andar, mi Coronel, si era una mujer tan santa!
"Pero ya sabe usted lo que es un hombre desconfiado.
"Mi padre lo era mucho."
-¿Y a ti cómo te iba con la Regina? -le pregunté al llegar a esta altura del relato.
-Como al diablo -me contestó.
-Pero, antes me has dicho que la querías y que te gustaba -agregué.
-Es verdad, señor, pero es que a la Dolores la quería mucho también, y me gustaba más- repuso.
-¿Y la veías? -proseguí.
-Todas las noches, señor, y de ahí vino mi desgracia y la de toda mi familia -contestó con amargura, envolviéndose en una nube de melancolía.
¡Pobre Miguelito!, exclamé interiormente; admirando aquella ingenuidad infantil en un hombre cuyo brazo había estado resuelto, por simpatía hacia mí, a darle una puñalada al tremendo y temido Epumer.

II

Toda narración sencilla, natural, sin artificios ni afectación, halla eco simpático en el corazón.
El ideal no puede realizarse sino manteniéndonos dentro de los límites de la naturaleza.
¿O no existe, o no es verdad?
¿O no hay belleza plástica: rasgos, líneas, formas humanas perfectas?
¿O no hay belleza aérea: accidentes, fenómenos fugitivos, perfección moral?
Miguelito me había cautivado.

Era como una aparición novelesca en el cuadro romántico de mi peregrinación; de la azarosa cruzada que yo había emprendido devorado por una fiebre generosa de acción, con una idea determinada, y digo determinada, porque siendo la capacidad del hombre limitada, para hacer algo útil, grande o bueno, tenemos necesariamente que circunscribir nuestra esfera de acción.
Viendo el tinte de tristeza que vagaba por su simpática fisonomía, lo dejé un rato replegado sobre sí mismo, y cuando la nube sombría de sus recuerdos se disipó, le dije:
-Continúa, hijo, la historia de tu vida; me interesa.
Miguelito continuó.
-Yo no vivía con mis padres; ellos estaban sumamente pobres, y yo había gastado cuanto tenía por la libertad de mi viejo. Tuve que irme a vivir con la familia de Regina.
"Los primeros tiempos anduve muy bien con mi mujer.
"Mis suegros me querían y me ayudaban a trabajar, prestándome dinero, me cuidaban y me atendían.
"Al principio todos los suegros son buenos. ¡Pero después!
"Por eso los indios tienen razón en no tratarse con ellos.
-¿Conoce esa costumbre de aquí, mi Coronel?"
-No, Miguelito. ¿Qué costumbre es ésa?
-Cuando un indio se casa, y el suegro o la suegra van a vivir con él, no se ven nunca, aunque estén juntos. Dicen que los suegros tienen *gualicho.*
"Fíjese lo que entre en un toldo y verá cómo cuelgan unas mantas para no verse el yerno con la suegra.
-Vaya una costumbre, que no anda tan desencaminada -exclamé para mis adentros, y dirigiéndome a mi interlocutor-: Continúa -le dije.
Miguelito murmuró:
-Son muy diantres estos indios, mi Coronel -y prosiguió así:
"Al poco tiempo no más de estar casado con la Regina, ya comenzó mi familia a andar como mi padre y mi madre.
"Todos los días nos peleábamos- parecíamos perros y gatos.
"Y en todas las riñas que teníamos se metía mi suegro, algunas veces mi suegra, siempre dándole la razón a la hija.
"Cuando la sacaba mejor tenía que salirme de la casa, dejando que me gritasen pícaro, calavera, pobretón.
"Me daba rabia y no volvía en muchos días; me lo llevaba comadreando por ahí, y era peor.
"Así es el mundo.
"De yapa, cuando volvía, como la Regina estaba mal acostumbrada, porque los padres la aconsejaban, no quería ser mi mujer.
"Me daba rabia y poco a poco le iba perdiendo el cariño.
"Es verdad que como la Dolores me recibía siempre de noche, a escondidas de sus padres, que viéndome casado nada sospechaban de nuestros amores, ya no tenía mucha necesidad de ella.
"Al hombre nunca le falta mujer, mi Coronel, como usted no ignora...
"Ya ve aquí; tiene uno cuantas quiere.
"Lo que suele faltar es plata.
"En habiendo, compra uno todas las que puede mantener. Mariano Rosas tiene cinco ahora, y antes ha tenido siete. Calfucurá tiene veinte. ¡Qué indio bárbaro!"
-¿Y tú, cuántas tienes?
-Yo no tengo ninguna, porque no hay necesidad.
-¿Cómo es eso?
-Sí; aquí la mujer soltera hace lo que quiere.
"Ya verá lo que dice Mariano de las chinas y cautivas, de sus mismas hijas. ¿Y por qué cree

entonces que a los cristianos les gusta tanto esta tierra? Por algo había de ser, pues."
Me quedé pensando en las seducciones de la barbarie; y como había tiempo para enterarme de ellas y quería conocer el fin de la historia empezada, le dije:
-¿Y te arreglaste al fin con tus suegros y con tu mujer propia?
-Me arreglaba y me desarreglaba. Unos tiempos andábamos mesturados; otros, yo por un lado, ellos por otro.
"Por último, Regina se había puesto muy celosa; porque, no sé cómo, supo mis cosas con la Dolores.
"Hasta me amenazó una vez con que me había de delatar.
"Aquello era una madeja que no se podía desenredar y a más habían dado en la tandita de hablar mal de mi madre, de modo que yo los oyera. Decían que ella era mi tapadera y yo la del juez.
"Una noche casi me desgracié con mi suegro.
"Si no es por Regina, le meto el alfajor hasta el cabo, por mal hablado.
"Era una picardía: porque mi madre, mi Coronel, era mujer de ley.
"Trabajaba como un macho todo el día, y rezar era su vida.
"Como sucede siempre en las familias, nos compusimos. Pero de los labios para afuera. Adentro había otra cosa.
"Yo prudenciaba, porque mi madre me decía siempre:
"Tené paciencia, hijo".
-¿Y la Dolores? -le pregunté.
-Siempre la veía, mi Coronel -me contestó.
-¿Y cómo hacías?
-Ahorita le voy a contar, y verá todas las desgracias que me sucedieron.
"Yo iba casi todas las noches obscuras a casa de la Dolores.
"Saltaba la tapia y me escondía entre los árboles de la huerta, y allí esperaba hasta que ella venía.
"Mi caballo lo dejaba maneado del lado de afuera.
"Cuando la Dolores venía, porque no siempre podía hacerlo, nos quedábamos un largo rato en amor y compañía, y luego me volvía a mi casa.
"Un día mi madre me dijo:
-Hijo, ya no lo puedo sufrir a tu padre; cada vez se pone peor con la chupa; todo el día está dale que dale con el juez. Me ha dicho que si viene esta noche lo ha de matar a él y a mí. Y yo no me atrevo a despedirlo; porque tengo miedo de que a ustedes les venga algún perjuicio. Ya ves lo que sucedió la vez pasada. Y ahora con las bullas que andan, se han de agarrar de cualquier cosa para hacerlos veteranos.
"Con esta conversación me fui muy pensativo a ver a la Dolores.
"Estuvimos como siempre, desechando penas.
"Nos despedimos, salté la tapia, desmanié mi flete, monté, le solté la rienda y tomó el camino de la querencia al trotecito.
"Yo iba pensando en mi madre, diciendo: -Si le habrá sucedido algo; mejor será que vaya para allá -cuando el caballo se paró de golpe.
"El animal estaba acostumbrado a que yo me apeara en el camino a prender un cigarrito, en un nicho en donde todas las noches ponían una vela por el alma de un difunto.
"Me desmonté.
"El nicho tenía una puertita.
"Hacía mucho viento.
"Fui a abrirla antes de haber armado el cigarro y se me ocurrió que si se apagaba la luz, no lo podría encender.

"La dejé cerrada hasta armar bien.
"Acabé de hacerlo, abrí la puerta y teniendo el caballo de la rienda con una mano y empinándome porque el nicho estaba en una peña alta, encendía el cigarro con la derecha cuando, zas, tras, me pegaron un bofetón.
"Solté la rienda, el caballo con el ruido se espantó y disparó; yo creí que era el alma del difunto, que no quería que encendiera el cigarro en su vela; me helé de miedo y eché a correr asustado, sin saber lo que me pasaba, sin ocurrírseme de pronto que no era un bofetón lo que había recibido, sino un portazo dado por el viento.
"Corría despavorido y había enderezado mal. En lugar de correr para mi casa, que quedaba en las orillas, corría para el pueblo. La noche estaba como boca de lobo. Se me figuraba que me corrían de atrás y de adelante. De todos lados oía ruido; nunca me he asustado más fiero, mi Coronel.
"A llegar a las calles del pueblo, la sangre se me iba calentando y veía claro en la obscuridad y oía bien.
"Muchas voces gritaban.
-¡Por allí!, ¡por allí!
-¡Cáiganle!, ¡dénle!
"Al doblar una cuadra me topé con unos cuantos, que no tuve tiempo de reconocer.
"Hice alto.
-¿Quién es usted? -me preguntaron.
-Miguel Corro -contesté.
-¡Maten! ¡maten! -gritaron.
"Hicieron fuego de carabina, me dieron sablazos y caí tendido en un charco de sangre. Por suerte no me pegaron ningún balazo. De no, ahí quedo para toda la siega."
Y esto diciendo, Miguelito cayó en una especie de sopor, del que volvió luego.
-¿Y...? -le dije.
-Al día siguiente -prosiguió- me desperté en el cuerpo de la guardia de la partida. No podía ver bien, porque la sangre cuajada me tapaba los ojos. Quise levantarme y no pude.
"Me limpié la cara, poco a poco fui viendo luz. Me habían puesto en el cepo del pescuezo y de los pies. Ya sabe cómo son los de la partida de policía, mi Coronel: los más pícaros de todos los pícaros y los más malos.
"Todo ese día no vi a nadie ni oí más que ruido de gente que entraba y salía. Estarían tomando declaraciones.
"A la noche entró una partida y me tiró una tumba de carne. No tuve alientos para comerla. Me estaba yendo en sangre.
"Como tenía las manos libres, me rompí la camisa, hice unas tiras y medio me até las heridas, que eran en la cabeza y en la caja del cuerpo. Estaba cerca de un rincón y alcancé a sacar unas telas de araña. ¡Quién sabe de no cómo me va!
"Pasé una noche malísima; ¡cuando no me despertaban los dolores, me despertaban los ratones o los murciélagos! ¡Qué haber de bichos, mi Coronel! Los ratones me comían las botas y los murciélagos me chupaban los cuajarones de sangre.
"Al otro día, reciencito, me sacaron del cepo, y me llevaron entre dos a donde estaba el juez.
"Me preguntaron que cómo me llamaba, que cuantos años tenía y otras cosas más.
"Me preguntaron que de dónde venía la noche que me aprehendieron, y por no comprometer a la Dolores eché una mentira. Dije que de casa de mi madre. Fue para perjuicio.
"Se me olvidaba decirle que el juez no era el que yo conocía, el que visitaba a mi madre, causante de tantos males en mi casa, sino otro sujeto del Morro.
"Ese día no me preguntaron más. Al otro me tomaron otras declaraciones, y al otro, otras, y así me tuvieron una porción de tiempo, incomunicado, dándome a mediodía una tumba de

carne y un guámparo de agua.
"Yo estaba medio loco, nada sabía de mi madre, ni de mi padre, ni de mi mujer, ni de la Dolores. Creía que no se acordaban de mí y me daban ganas de ahorcarme con la faja.
"Por fin, una noche escuché una conversación del centinela con no sé quién, y supe que yo había muerto al juez. Así decía. Y decían también que si no me fusilaban, me destinarían. Yo no entendía nada de aquel barullo.
"Un día, el soldado de la partida que me daba de comer y beber, me hizo una seña, como diciéndome: tengo algo que decirle.
"Le contesté con la cabeza, como diciendo: ya entiendo.
"Más tarde entró y me dijo: -Manda decir la hija de don... que si necesita dinero que le avise.
"Temiendo que fuera alguna jugada que me quisieran hacer, contesté: -Déle las gracias, amigo.
"Y cuando el policía se iba a ir, le dije: -Me hace un favor, paisano: ¿me dice por qué estoy preso?
-Eso lo sabrá usted mejor que yo.
-¿Sabe usted si está en su casa mi padre, Miguel Corro?
-Sí, está.
-¿Y mi madre?
-También.
-¿Y dónde lo han muerto al juez?
-Cerca de la casa de usted, pues. ¿Para qué quiere hacerse el que no sabe? ¡No ve que ya está todo descubierto!
"Me quedé confuso, no le pregunté nada más, y el hombre se fue.
"A los pocos días me pusieron comunicado.
"Mi madre fue la primera persona que vi. ¡No le decía, mi Coronel, que era una santa mujer!
"Por ella supe lo que había. Llorando me lo contó todo. ¡Pobrecita! Mi padre había muerto, de celos, al juez. Pero nadie sino ella lo había visto. Y a mí me creían el asesino, porque me habían hallado corriendo a pie, por las calles del pueblo, a deshoras.
"Mi vieja estaba muy afligida. Decía que decían, que me iban a fusilar y que eso no podía ser, que yo qué culpa tenía.
"Yo le dije:
-Mi madrecita, yo quiero salvar a mi padre.
"Ella lloraba...
"En ese momento entró uno de la partida y dijo:
-Ya es hora de retirarse. Se va a entrar el sol.
"Nos abrazamos, nos besamos, lloramos; mi vieja se fue y yo me quedé triste como un día sin sol.
"Me prometió volver al día siguiente, a ver qué se nos ocurría".
Esto dijo Miguelito, y como quien tiene necesidad de respirar con expansión para proseguir, suspiró... lágrimas de ternura arrasaron sus ojos.
Me enterneció.

III

Cada zona, cada clima, cada tierra, da sus frutos especiales. Ni la ciencia, ni el arte, inteligentemente aplicados por el ingenio humano, alcanzan a producir los efectos químiconaturales de la generación espontánea.
Las blancas y perfumadas flores del aire de las islas paranaenses; las esbeltas y verdes palmeras de Morería; los encumbrados y robustos cedros del Líbano; los bananos de la India,

cuyos gajos cayendo hasta el suelo, toman raíces, formando vastísimas galerías de fresco y tupido follaje, crecen en los invernáculos de los jardines zoológicos en Londres y París. Pero, ¿cómo? Mustias y sin olor aquéllas, bajas y amarillentas éstas; enanos, raquíticos los unos sin su esplendor tropical los otros.
Lo mismo en esa bella planta indígena, que se desarrolla del interior al exterior; que vive de la contemplación y del éxtasis, que canta y que llora, que ama y aborrece, que muere en el presente para poder vivir en la posteridad.
El aire libre, el ejercicio varonil del caballo, los campos abiertos como el mar, las montañas empinadas hasta las nubes, la lucha, el combate diario, la ignorancia, la pobreza, la privación de la dulce libertad, el respeto por la fuerza; la aspiración inconsciente de una suerte mejor -la contemplación del panorama físico y social de esta patria-, produce un tipo generoso, que nuestros políticos han perseguido y estigmatizado, que nuestros bardos no han tenido el valor de cantar, sino para hacer su caricatura.
La monomanía de la imitación quiere despojarnos de todo: de nuestra fisonomía nacional, de nuestras costumbres, de nuestra tradición.
Nos van haciendo un pueblo de zarzuela. Tenemos que hacer todos los papeles, menos el que podemos. Se nos arguye con las instituciones, con las leyes, con los adelantos ajenos. Y es indudable que avanzamos.
Pero ¿no habríamos avanzado más estudiando con otro criterio los problemas de nuestra organización e inspirándonos en las necesidades reales de la tierra?
Más grande somos por nuestros arranques geniales, que por nuestras combinaciones frías y reflexivas.
¿A dónde vamos por ese camino?
A alguna parte, a no dudarlo.
No podemos quedarnos estacionarios, cuando hay una dinámica social que hace que el mundo marche y que la humanidad progrese.
Pero esas corrientes que nos modelan como blanda cera, dejándonos contrahechos, ¿nos llevan con más seguridad y más rápidamente que nuestros impulsos propios, turbulentos, confusos, a la abundancia, a la riqueza, al respeto, a la libertad en la ley?
Yo no soy más que un simple cronista, ¡felizmente!
Me he apasionado de Miguelito, y su noble figura me arranca, a pesar mío, ciertas reflexiones.
Allí donde el suelo produce sin preparación ni ayuda un alma tan noble como la suya, es permitido creer que nuestro barro nacional empapado en sangre de hermanos puede servir para amasar sin liga extraña algo como un pueblo con fisonomía propia, con el santo orgullo de sus antepasados, de sus mártires, cuyas cenizas descansan por siempre en frías e ignoradas sepulturas.
Miguelito siguió hablando.
-Al día siguiente vino mi madre, trayéndome una olla de mazamorra, una caldera, yerba y azúcar; hizo ella misma fuego en el suelo, calentó agua y me cebó mate.
"La Dolores le había mandado una platita con la peona, diciéndole que ya sabía que andábamos en apuros; que no tuviese vergüenza, que la ocupara si tenía alguna necesidad.
"Mientras tanto, mi mujer propia no parecía. Vea, mi Coronel, lo que es casarse uno de mala gana, por la plata, como lo hacen los ricos.
"La peona de la Dolores le contó a mi madre, que la niña estaba enferma, y le dio a entender de qué, y que yo debía ser el malhechor.
"Mi vieja me echó un sermón sobre esto. Me recordó los consejos, que yo nunca quise escuchar, porque así son siempre los hijos, y acabó diciendo redondo: "¿Y ahora cómo vas a remediar el mal que has hecho?"
"Me dio mucha vergüenza, mi Coronel, lo que mi madre me dijo; porque me lo decía mucho

Librodot

mejor de lo que yo se lo voy contando y con unos ojos que relumbraban como los botones de mi tirador. ¡Pobre mi vieja! Como ella no había hecho nunca mal a nadie y la había visto criarse a la Dolores, le daba lástima que se hubiese desgraciado.
-¡Siquiera no te hubieras casado! -me decía a cada rato.
"Yo suspiraba, nada más se me ocurría. ¡El hombre se pone tan bruto cuando ve que ha hecho mal!
"Una caldera llenita me tomé de mate y toda la mazamorra, que estaba muy rica. Mi madre pisaba el maíz como pocas y lo hacía lindo.
"Me curó después las heridas con unos remedios que traía; eran yuyos del cerro.
"Después, de un atadito sacó una camisa limpia y unos calzoncillos y me mudé.
"Me armó cigarros como para toda la noche, nos sentamos enfrente uno de otro, nos quedamos mirándonos un largo rato, y cuando estaba para irse se presentó el que le llevaba la pluma al juez con unos papeles bajo el brazo y dos de la partida.
"Le mandaron a mi madre que saliera y tuvo que irse.
"El juez me leyó todas mis declaraciones y una porción de otras cosas, que no entendí bien. Por fin me preguntó, que si confesaba que yo era el que había muerto al otro juez.
"Me quedé suspenso; podían descubrir a mi padre y yo quería salvarlo.
"¿Para qué es un hijo mi Coronel, no le parece?"
-Tienes razón -le contesté.
-No se muere más que una vez, y alguna vez ha de suceder eso.
"El escribano me volvió a preguntar que qué decía.
"Le contesté que yo era el que había muerto al otro.
-¿Por qué? -me dijo.
"Me volví a quedar sin saber qué contestar.
"El escribano me dio tiempo.
"Pensando un momento, se me ocurrió decir que porque en unas carreras, siendo él rayero, sentenció en contra mía y me hizo perder la carrera del gateado overo, que era un pingo muy superior que yo tenía. Y era cierto, mi Coronel: fue una trampa muy fiera que me hicieron, y desde ese día ya anduvimos mal mi padre y yo; porque la parada había sido fuerte y perdimos *tuitito* cuanto teníamos.
"Después me preguntó que si alguien me había acompañado a hacer la muerte, y le contesté que no, que yo solo lo había hecho todo, que no tenía que culpar a *naides.*
"Que qué había hecho con la plata que tenía el juez en los bolsillos.
"Le dije que yo no le había tocado nada.
"Cuando menos los mismos de la partida lo habían saqueado, como lo suelen hacer. Es costumbre vieja en ellos, y después le achacan la cosa al pobre que se ha desgraciado.
"No me preguntó nada más, y se fue, y me volvieron a poner incomunicado, y de esa suerte me tuvieron una infinidad de días.
"Ni con mi madre me dejaban hablar. Pero ella iba todos los días una porción de veces a ver cuándo se podría y a llevarme qué comer.
"Ya me aburría mucho de la prisión y estaba con ganas de que me despacharan pronto, para no penar tanto; porque las heridas se habían empeorado con la humedad del cuarto, y porque las sabandijas no me dejaban dormir ni de día ni de noche.
"Aquello no era vida.
"Volvió otro día el escribano y me leyó la sentencia.
"Me condenaban a muerte; vea lo que es la justicia, mi Coronel. ¡Y dicen que los *dotores* saben todo! ¿Y si saben todo, cómo no habían descubierto que yo no era el asesino del juez, aunque lo hubiera confesado? ¡Y muchos que después de la partida de Caseros, no hablan sino de la Constitución!

"Será cosa muy buena. Pero los pobres, somos siempre pobres, y el hilo se corta por lo más delgado.
"Si el juez me hubiera muerto a mí en de veras, ¿a que no lo habían mandado matar?
"He visto más cosas así, mi Coronel, y eso que todavía soy muchacho.
"El escribano me dejó solo.
"Pasé una noche como nunca.
"Yo no soy miedoso; ¡pero se me ponían unas cosas tan tristes!, ¡tan tristes! en la cabeza, que a veces me daba miedo la muerte. Pensaba, pensaba en que si yo no moría moriría mi padre, y eso me daba aliento. ¡El viejo había sido tan bueno y tan cariñoso conmigo! Juntos habíamos andado trabajando, compadreando, comadreando en jugadas y en riñas.
¡Cómo no lo había de querer, hasta perder la vida por él; la vida, que, al fin, cualquier día la rifa uno por una calaverada o en una trifulca, en la que los pobres salen siempre mal!
"¡Qué ganas de tener una guitarra tenía, mi Coronel!
"En cuanto me volvieron a poner comunicado fue lo primerito que le pedí a mi madre que llevara. Me la llevó y cantando me lo pasaba.
"Los de la partida venían a oírme todos los días, y ya se iban haciendo amigos míos. Si hubiera querido fugarme, me fugo. Pero por no comprometerlos no lo hice. El hombre ha de tener palabra, y ellos me decían siempre:
-Nos nos vaya a comprometer, amigo.
"Siempre que mi vieja iba a visitarme, me lo repetían; y el centinela se retiraba y me dejaba platicar a gusto con ella.
"Mi madre no sabía nada todavía que me hubieran sentenciado, y yo no se lo quería decir, porque la veía muy contenta creyendo que me iban a largar, desde que nada se descubría, y no la quería afligir.
"Pero como nunca falta quién dé una mala noticia, al fin lo supo.
"Se vino zumbando a preguntármelo.
"¡En qué apuros me vi, mi Coronel, con aquella mujer tan buena, que me quería tanto!
"Cuando le confié la verdad, lloró como una Magdalena.
"Sus ojos parecían un arroyo; estuvimos lagrimeando horitas enteras.
"De pregunta en pregunta me sacó que yo había confesado ser el asesino del juez, por salvar al viejo.
"Y hubiera visto, mi Coronel, a una mujer que no se enojaba nunca, enojarse, no conmigo, porque a cada momento me abrazaba y besaba diciéndome: "Mi hijito", sino con mi padre.
-El, él no más tiene la culpa de todo -decía-, y yo no he de consentir que te maten por él, todito lo voy a descubrir.
"Y de pronto se secó los ojos, dejó de llorar, se levantó y se quiso ir.
-¿A dónde vas, mamita?- le dije.
-A salvar a mi hijo- me contestó.
"Iba a salir, la agarré de las polleras, y a la fuerza se quedó.
"Le rogué muchísimo que no hiciera nada, que tuviera confianza en la Virgen del Rosario, de la que era tan devota, que todavía podía hacer algo y salvarme.
-Usted sabe, mi Coronel, lo que es la suerte de un hombre. Cuando más alegre anda, lo friegan, cuando más afligido está, Dios lo salva. Yo he tenido siempre mucha confianza en Dios.
-Y has hecho bien -le dije-. Dios no abandona nunca a los que creen en él.
-Así es, mi Coronel; por eso esa vez y después otras, me he salvado.
"Cedió a mis ruegos y se fue diciendo:
-Esta noche le voy a poner velas a la Virgen y ella nos ha de amparar.
"Y como la Virgencita del nicho, de que antes le he hablado, mi Coronel, era muy milagrosa,

sucedió lo que mi vieja esperaba: me salvó."
Miguelito hizo una pausa.
Yo me quedé filosofando.
¡Filosofando!
Sí; filosofar es creer en Dios o reconocer que el mayor de los consuelos que tienen los míseros mortales, es confiar su destino a la protección misteriosa, omnipotente, de la religión.
Por eso al grito de los escépticos, yo contesto como Fenelón:
Dilatamini !
Si hay una *ananké* [1] hay también quien mira, quien ve, quien protege, resguarda, ama y salva a sus criaturas, sin interés.
Cuando me arranquéis todo, si no me arrancáis esa convicción suave, dulce, que me consuela y me fortalece, ¿qué me habréis arrancado?

IV

Quiero empezar esta carta ostentando un poco mi erudición a la violeta.
Yo también tengo mi vademécum de citas; es un tesoro como cualquier otro.
Pero mi tesoro tiene un mérito. No es herencia de nadie. Yo mismo me lo he formado.
En lugar de emplear la mayor parte del tiempo en pasar el tiempo, me he impuesto ciertas labores útiles.
De ese modo, he ido acumulando, sin saberlo, un bonito capital, como para poder exclamar cualquier día: *anche io son pittore* .
Mi vademécum tiene, a más del mérito apuntado, una ventaja. Es muy manuable y portátil. Lo llevo en el bolsillo.
Cuando lo necesito, lo abro, lo hojeo y lo consulto en un verbo.
No hay cuidado de que me sorprendan con él en la mano, como a esos literatos cuyo bufete es una especie de sanctasanctorum.
¡Cuidado con penetrar en el estudio vedado sin anunciaros, cuando están pontificando!
¡Imprudentes!
¡Os impondríais de los misterios secretos!
¡Le arrancaríais a la esfinge el tremendo arcano!
Perderías vuestras ilusiones!
Veríais a vuestros sabios en camisa, haciéndose un traje pintado con las plumas de la ave silvana, de negruzcas alas, de rojo pico y pies, de grandes y negras uñas.
Yo no sé más que lo que está apuntado en mi vademécum por índice y orden cronológico.
Hay en él todo.
Citas *ad hoc* , en varios idiomas que poseo bien y mal, anécdotas, cuentos, impresiones de viaje, juicios críticos sobre libros, hombres, mujeres, guerras terrestres y marítimas, bocetos, esbozos, perfiles, siluetas. Por fin, mis memorias hasta la fecha del año del Señor que corremos, escritas en diez minutos.
Si yo diera a luz mi vademécum no sería un librito tan útil como el almanaque. Sería, sin embargo, algo entretenido.
Yo no creo que el público se fastidiaría leyendo, por ejemplo:
¿Qué puntos de contacto hay entre Epaminondas, el Municipal de Tebas, como lo llamaba el demagogo Camilo Desmoulins, y don Bartolo?
¿Qué frac llevaba nuestro actual presidente cuanto se recibió del poder; en qué se parece su cráneo insolvente de pelo a la cabeza de Sócrates?
¿En qué se parece *Orión* a Roqueplan? Este *Orión* , de quien sacando una frase de mi vademécum -ajena por supuesto-, puede decirse: que es la personalidad porteña más porteña,

el hombre y el escritor que tiene a Buenos Aires en la sangre, o mejor dicho, una encarnación andante y pensante de esta antigua y noble ciudad; que en este océano de barro, no hay un solo escollo que él no haya señalado; que en los entretelones ha aprendido la política, que como periodista y hombre a la moda, ha enriquecido la literatura de la tierra, a los sastres y sombrereros; que las *cosas* suyas, después de olvidadas aquí, van a ser cosas nuevas en provincias; que no habría sido el primer hombre en Roma la brutal, pero que lo habría sido en Atenas la letrada; que conoce a todo el mundo y a quien todo el mundo conoce; que se hace aplaudir en Ginebra, que se hace aplaudir en Córdoba la levítica, hablando con la libertad herética de un francmasón; que se hace aplaudir en el Rosario, la ciudad californiana, a propósito de la fraternidad universal; que se hace aplaudir en Gualeguaychú, disertando, en tiempos de Urquiza, sobre la justicia y los derechos inalienables del ciudadano; que puede ser profeta en todas partes *ed altri siti* , menos... iba a decir en su tierra; que no ha podido ser municipal en ella; que hoy cumple treinta y ocho años, y a quien yo saludo con el afecto íntimo y sincero del hermano en las aspiraciones y en el dolor, aunque digan que esto es traer las cosas por los cabellos.
Sí, *Orión* amigo, yo te deseo, y tú me entiendes, "la fuerza de la serpiente y la prudencia del león", como diría un *bourgeois gentilhomme* , cambiando los frenos, al entrar en tu octavo lustro, frisando en la vejez, en este período de la vida en que ya no podemos tener juicio porque no es tiempo de ser locos. ¿Me entiendes?
Y con esto, lector, entro en materia.
Lo que sigue es griego, griego helénico, no griego porque no se entienda.
Ek te biblion kubernetes .
Yo también he estudiado griego.
Monsieur Rouzy, puede dar fe, y tú, Santiago amigo, fuiste quien me lo metió en la cabeza.
Es una de las cosas menos malas que le debo a tu inspiración mefistofélica.
Tú fuiste quien me apasionó por el hombre del capirotazo.

¿Acaso yo le conocía bien en 1860?
En prueba de que sé griego, como un colegial, ahí va la traducción del dicho anónimo:
"No se aprende el mundo en los libros."
Aquí era donde quería llegar.
Los circunloquios me han demorado en el camino.
Siento tener que desagradar a mi ático amigo Carlos Guido, cuyo buen gusto literario los abomina. Sírvame de excusa el carácter confidencial del relato.
Sí, el mundo no se aprende en los libros, se aprende observando, estudiando los hombres y las costumbres sociales.
Yo he aprendido más de mi tierra yendo a los indios ranqueles, que en diez años de despestañarme, leyendo opúsculos, folletos, gacetillas, revistas y libros especiales.
Oyendo a los paisanos referir sus aventuras, he sabido cómo se administra justicia, cómo se gobierna, qué piensan nuestros criollos de nuestros mandatarios y de nuestras leyes.
Por eso me detengo más de lo necesario quizá en relatar ciertas anécdotas, que parecerán cuentos forjados para alargar estas páginas y entretener al lector.
¡Ojalá fuera cuento la historia de Miguelito!
Desgraciadamente ha pasado cual la narro, y si fija la atención un momento, es porque es verdad. Tiene ésta un gran imperio hasta sobre la imaginación.
Miguelito siguió hablando así:
-Las voces que andaban era que pronto me afusilarían, porque iba a haber revolución y me podía escapar.
"¡Figúrese cómo estaría mi madre, mi Coronel! Todo se le iba en velas para la Virgen.

"Día a día me visitaba, pidiéndome que no me afligiera, diciéndome que la Virgen no nos había de abandonar en la desgracia, que ella tenía experiencia y que más de una vez había visto milagros.
"Yo no estaba afligido sino por ella.
"Quería disimular. ¡Pero qué! era muy ducha y me lo conocía.
"Usted sabe, mi Coronel, que los hijos por muy ladinos que sean no engañan a los padres, sobre todo a la madre.
"Vea si yo pude engañar a mi vieja cuando entré en amores con la Dolores.
"¡Qué había de poder!
"En cuanto empezó la cosa me lo conoció, y me mandó que me fuera con la música a otra parte.
"Bien me arrepiento de no haber seguido su consejo.
"La Dolores no hubiera padecido tanto como padeció por mí.
"Pero los hijos no seguimos nunca la opinión de nuestros padres.
"Siempre creemos que sabemos más que ellos.
"Al fin nos arrepentimos.
"Pero entonces ya es tarde."
-Nunca es tarde cuando la dicha es buena -le interrumpí.
Suspiró y me contestó:
-¡Qué!, mi Coronel, hay males que no tienen remedio.
-¿Y has vuelto a saber de la Dolores? -le pregunté.
-Sí, mi Coronel -me contestó-, se lo voy a confesar porque usted es hombre bueno, por lo que he visto y las mentas que les he oído a los muchachos que vienen con usted.
-Puedes tener confianza en mí -repuse.
Y él prosiguió.
-Siempre que puedo hacer una escapada, si tengo buenos caballos, me cortó solo, tomo el camino de la laguna del Bagual, llego hacia el Cuadril, espero en los montes la noche. Paso el Río Quinto, entro en Villa Mercedes, donde tengo parientes, me quedo allí por unos días, me voy después en dos galopes al Morro, me escondo en el cerro, en lo de un amigo, y de noche visito a mi vieja y veo a la Dolores que viene a casa con la chiquita.
-¿Entonces tuvo una hija? -le dije.
-Sí, mi Coronel -me contestó-. ¿No le conté antes que nos habíamos desgraciado?
-¿Y a tu mujer no la sueles ver?
-¡Mi mujer! -exclamó-, lo que hizo fue enredarse con un estanciero.
"Y dice la muy perra que está esperando la noticia de mi muerte para casarse. ¡Y que se casaban con ella! ¡Como si fuera tan linda!"
-¿Y otros paisanos de los que están aquí, salen como tú y van a sus casas?
-El que quiere lo hace; usted sabe, mi Coronel, que los campos no tienen puertas; las descubiertas de los fortines, ya sabe uno a qué hora hacen el servicio, y luego, al frente casi nunca salen.
"Es lo más fácil cruzar el Río Quinto y la línea, y en estando a retaguardia ya está uno seguro, porque ¿a quién le faltan amigos?"
-Entonces, constantemente estarán yendo y viniendo de aquí para allá.
-Por supuesto. Si aquí se sabe todo.
"Los Videla, que son parientes de don Juan Saa, cuando les da la gana, toman una tropilla; llegan a la Jarilla, la dejan en el monte, y con caballo de tiro se van al Morro, compran allí lo que quieren, después se vuelven con cartas para todos.
"Algunas veces suelen llegar a Renca, que ya se ve dónde queda, mi Coronel".
A medida que Miguelito hablaba, yo reflexionaba sobre lo que es nuestro país; veía la

complicidad de los moradores fronterizos en las depredaciones de los indígenas y el problema de nuestros odios, de nuestras guerras civiles y de nuestras persecuciones, complicado con el problema de la seguridad de las fronteras.
Le escuchaba con sumo interés y curiosidad.
Miguelito prosiguió:
-El otro día, cuando usted llegó, mi Coronel, los Videla habían andado por San Luis; vinieron con la voz de que usted y el general Arredondo estaban en la villa de Mercedes, y diciendo que por allí se decía que ahora sí que las paces se harían.
Deseando conocer el desenlace de la historia de los amores de Miguelito le dije:
-¿Y la Dolores vive con sus padres?
-Sí, mi Coronel, me contestó, son gente buena y rica, y cuando han visto a su hija en desgracia no la han abandonado; la quieren mucho a mi hijita. Si algún día me puedo casar, ellos no se han de oponer, así me lo ha dicho la Dolores.
"¡Pero cuándo se muere la otra! Luego yo no puedo salir de aquí porque la justicia me agarraría y mucho más del modo como me escapé".
-¿Y cómo te escapaste?
-Seguía preso. Mi madre vino un día y me dijo:
"Dice tu padre que estés alerta, que él no tiene opinión, que lo han convidado para una jornada, que se anda haciendo rogar a ver si son espías; que en cuanto esté seguro que juegan limpio se va a meter en la cosa con la condición de que lo primero que han de hacer es asaltar la guardia y salvarte; que de no, no se mete.
"En eso anda. No hay nada concluido todavía. Esta noche han quedado de ir los hombres y mañana te diré lo que convengan.
"Yo lo animo a tu padre, haciéndole ver que es el único remedio que nos queda, y le pongo velas a la Virgen para que nos ayude. Todas las noches sueño contigo y te veo libre, y no hay duda que es un aviso de la Virgen.
"Al día siguiente volvió mi madre. Todo estaba listo. Lo que faltaba era quien diera el grito. Decían que don Felipe Saa debía llegar de oculto a las dos noches, y que él lo daría; que si no venía, como había un día fijo, lo daría el que fuese más capaz de gobernar la gente que estaba apalabrada. Don Juan Saa debía venir de Chile al mismo tiempo.
"Bueno, mi Coronel, sucedió como lo habían arreglado.
"Una noche al toque de retreta, unos cuantos que estaban esperando en la orilla del pueblo, atropellaron la casa del juez, otros la Comandancia, y mi padre con algunos amigos cargó la Policía.
"Para esto, un rato antes ya los habían emborrachado bien a los de la partida. Algunos quisieron hacer la pata ancha. ¡Pero qué!, los de afuera eran más. Entraron, rompieron la puerta del cuarto en que yo estaba y me sacaron.
"Cuando estuve libre, mi padre me dijo: "Dame un abrazo, hijo, yo no te he querido ver, porque me daba vergüenza verte preso por mi mala cabeza, y porque no fueran a sospechar alguna cosa".
"Casi me hizo llorar de gusto el viejo; le habían salido pelos blancos, y no era hombre grande, todavía era joven.
"Esa noche el Morro fue un barullo, no se oyeron más que tiros, gritos y repiques de campanas.
"Murieron algunos.
"Yo lo anduve acompañando a mi padre y evité algunas desgracias porque no soy matador. Querían saquear la casa de la Dolores, con achaque de que era *salvaje* ; yo no lo permití; primero me hago matar.
"Por la mañana vino una gente del Gobierno y tuvimos que hacernos humo. Unos tomaron

para la sierra de San Luis, otros para la de Córdoba. Mi padre, como había sido tropero, enderezó para el Rosario. Yo, por tomar un camino tomé otro -galopé todo el santo día- y, cuando acordé me encontré con una partida. Disparé, me corrieron, yo llevaba un pingo como una luz, ¡qué me habían de alcanzar! Fui a sujetar cerca del río Quinto, por esos lados de Santo Tomé. Entonces no había puesto usted fuerzas allí, mi Coronel; me topé con unos indios, me junté con ellos, me vine para acá, y acá me he quedado, hasta que Dios, o usted, me saquen de aquí, mi Coronel".
-¿Y tu padre, qué suerte ha tenido, lo sabes? -le pregunté.
-Murió del cólera -me contestó con amargura, exclamando-: ¡pobre viejo!, ¡era tan chupador!
Y con esto termina la historia real de Miguelito, que *mutatis mutandis* , es la de muchos cristianos que han ido a buscar un asilo entre los indios. Ese es nuestro país.
Como todo pueblo que se organiza, él presenta cuadros los más opuestos.
Grandes y populosas ciudades como Buenos Aires, con todos los placeres y halagos de la civilización, teatros, jardines, paseos, palacios, templos, escuelas, museos, vías férreas, una agitación vertiginosa -en medio de unas calles estrechas, fangosas, sucias, fétidas, que no permiten ver el horizonte, ni el cielo limpio y puro, sembrado de estrellas relucientes, en las que yo me ahogo, echando de menos mi caballo.
Fuera de aquí, campos desiertos, grandes heredades, donde vegeta el proletario en la ignorancia y en la estupidez.
La iglesia, la escuela, ¿dónde están?
Aquí, el ruido del tráfago y la opulencia que aturde.
Allá, el silencio de la pobreza y la barbarie que estremece.
Aquí, todo aglomerado como un grupo de moluscos, asqueroso, por el egoísmo.
Allí, todo disperso, sin cohesión, como los peregrinos de la tierra de promisión, por el egoísmo también.
Tesis y antítesis de la vida de una república.
Eso dicen que es gobernar y administrar.
¡Y para lucirse mejor, todos los días clamando por gente, pidiendo inmigración!
Me hace el efecto de esos matrimonios imprevisores, sin recursos, miserables, cuyo único consuelo es el de la palabra del Verbo: creced y multiplicaos.

1. La *n* se agrega, porque es más agradable al oído decir *picunche* .

Librodot